

El sótano de San Telmo

Una barricada proletaria
para el deseo lésbico en los '70

valeria flores



flores, valeria

El sótano de San Telmo : una barricada proletaria para el deseo lésbico en los 70 . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Madreselva, 2015.

80 p. ; 17x11 cm.

ISBN 978-987-3861-02-4

1. Estudios de Genero. 2. Historia Política Argentina.

I. Título

CDD 305.42

Fecha de catalogación: 21/04/2015

El sótano de San Telmo : una barricada proletaria para el deseo lésbico en los 70

Editorial Madreselva, Buenos Aires, primavera 2015

www.editorialmadreselva.com.ar

info@editorialmadreselva.com.ar

Portada: edición de imagen Fernanda Guaglianone.

Diseño de portada: Verónica Tello.

Diseño de interiores: Cooperativa de trabajo Tricao

(tricaolab@gmail.com)

Esta edición se realiza bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial 2.5 Argentina. Por lo tanto, la reproducción del contenido de este libro, total o parcial, por los medios que la imaginación y la técnica permitan sin fines de lucro y mencionando la fuente está alentada por los editores.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Este trabajo fue redactado especialmente para el Archivo Digitalizado del Activismo Lésbico en Argentina. Octubre del 2014.

<http://potenciatortillera.blogspot.com>

*Un agradecimiento especial a:
Adriana Carrasco,
Ely Lugo Cabral,
Cata Trebisacce,
Coca Gavrila.*

“Que las memorias se multipliquen”

Gracia Trujillo

Escribir este prólogo es para mí un motivo de inmensa alegría por varias razones: la primera, porque conozco a Valeria Flores desde mi estancia en Buenos Aires en 2011 y, pese al tiempo transcurrido y el océano que nos separa, hemos mantenido viva la complicidad activista y personal que comenzó entonces. Me alegra también porque este es uno de esos trabajos difíciles de escribir, al tener que hacer frente a demasiadas invisibilidades, silencios y miedos, pero al mismo tiempo tan necesario, y, por la suma de todo lo anterior, tan valioso. Y, por último, porque, aún en la distancia, me siento parte de esta búsqueda de las genealogías feministas y de la disidencia sexual (temas sobre los que también escribo y en los que estoy implicada como activista), y de la construcción del Archivo Digitalizado del Activismo Lésbico *Potencia tortillera*, un nombre-consigna que surgió del grupo *Las fugitivas del desierto* –de Neuquén–. Con la excusa de la presentación de mi trabajo sobre la

historia de los activismos lésbicos en el estado español en Mayo del 2011 en Bs As, pudimos tener una conversación colectiva sobre la importancia de (re) conocer nuestras memorias políticas como lesbianas, y sobre la ausencia de archivos para ello. val ya sugirió entonces que ojalá aquello sirviera de interpelación en el contexto local. Como recuerda Fabi Tron, aquel acto y la presentación posterior del libro de Mabel Bellucci, *Orgullo*, en la Librería de las Mujeres, que convocó a muchas activistas lesbianas, posibilitó que algunas se reencontraran y activaran la idea de crear un archivo¹. Meses más tarde, Gabriela Adelsstein, Canela Gavrila, María Luisa Peralta y Fabi Tron, junto con val flores, lo pusieron en marcha. El archivo está en red, disponible para quien lo quiera consultar, y es autogestionado, lo que supone tener libertad y autonomía para publicar lo que se quiera y como se quiera.

Fue precisamente en la presentación del archivo lésbico, en septiembre de 2011, cuando apareció un dato que inspiró este libro, como cuenta val al comienzo. La activista Adriana Carrasco, en un gesto de amor y reconocimiento al trabajo político de la que había sido su compañera, la trotskista Martha

1. "Entrevista a Fabiana Tron. Memoria lésbica militante", 11 de Octubre de 2011, disponible en la página del Archivo http://potenciartortillera.blogspot.com.es/2011_10_01_archive.html

Ferro, habló aquel día de la existencia de un sótano en el barrio de San Telmo donde se habían reunido las lesbianas en la época de la dictadura. Este libro es parte de una investigación, que sigue en marcha, sobre aquel espacio que se convirtió en un centro cultural, político y de sociabilidad lesbiana, todo en uno. Como ya sabemos, los espacios políticos feministas han sido históricamente lugares también de encuentro y de ligue para muchas lesbianas que, ante la falta de espacios de ocio o "ambiente", conocían a otras mujeres en las reuniones de los grupos políticos, en sus actividades, etc., algo que continúa sucediendo, aunque en menor medida, todavía hoy.

Leyendo este trabajo, a su vez, y por un efecto multiplicador maravilloso, yo misma he recordado conversaciones con activistas lesbianas de Madrid en las que hablamos sobre cómo hacían para encontrarse con otras en la década de los setenta, cuando hasta la muerte de Franco en 1975 no terminó la dictadura. En la mayoría de los casos, todas aludían a las fiestas privadas en las casas (además de las reuniones de los partidos o asociaciones, que comenzaban a salir de la clandestinidad), pero algunas mencionaron, así como de pasada, el *Café Berlín*. Y en un par de ocasiones, me contaron que era un sitio donde iban parejas *butch-femme*, lo que en aquella época debía ser cuando menos arriesgado, desde luego. Tengo pendiente desde entonces averiguar más sobre aquel sitio, otro

posible “agujero negro” de relatos y experiencias de los setenta y ochenta, como el sótano de San Telmo. Así vamos, reconstruyendo como podemos nuestras memorias, en plural, con la precariedad de las fuentes disponibles, abriéndonos paso entre sombras y silencios con la ayuda de pequeños hilos de historias, como ha hecho val en estas páginas.

Este libro habla de esas memorias mudas, de contramemorias, de *otras* memorias políticas. Es fundamental que las rescatemos y las demos a conocer. Por eso la puesta en marcha del archivo lésbico fue tan importante, porque para escribirlas necesitamos disponer de esas *huellas* que son los documentos, las actas de reuniones, cartas, grabaciones, fotografías, carteles, diarios, fanzines y un largo etcétera. Todas estas fuentes primarias se encuentran la mayoría de las veces en las casas de las activistas, o se han perdido, las tiraron en un cambio de domicilio o del local donde se reunía el grupo... El extravío de los rastros documentales es una constante que nos encontramos al investigar y escribir sobre movimientos sociales, pero hay un matiz importante que no hay que olvidar aquí: en el caso de lxs disidentes sexuales, estos procesos se agravan mucho. Como aparece reflejado en estas páginas, las activistas lesbianas no suelen reconocer la importancia política de lo que hicieron, en ocasiones se avergüenzan incluso, cuando no siguen hoy todavía en el arma-

rio, algo que imposibilita que hablen, se lo cuenten a otras, o lo escriban ellas. Cuando yo investigué sobre la historia de la movilización lesbiana en el estado español, mi pertenencia a grupos feministas y de lesbianas *queer* desde hacía ya años me permitió acceder a las activistas, llegar a otras menos conocidas, y poder entrevistarlas; algunas de ellas buscaron en sus propias casas documentos, fotos, cartas, recortes de prensa y me los confiaron. Como dice val, “es con fragmentos, restos, hilachas, huecos, que se fue armando esta experiencia del pasado del sótano” (p. 63); así es como ha ido colocando las piezas del puzzle para reconstruir un pedazo de unas genealogías y memorias desconocidas, silenciadas, ninguneadas.

La falta de reconocimiento a todo el trabajo político y de agitación cultural que hicieron muchas activistas lesbianas durante un largo periodo de años es, tristemente, un elemento compartido a ambos lados del charco. Existen investigaciones o libros que se han escrito sobre el movimiento feminista o “gay” que no se han preocupado por incluir a estas activistas, por entrevistarlas, cuando muchas han sido piezas fundamentales no sólo del activismo lesbiano, sino del feminista y de la protesta sexual en general, o de grupos o partidos de izquierdas, en los que no lo tuvieron nada fácil en la mayoría de los casos siendo bolleras. En el caso del sótano de San

Telmo, al recorrer estas páginas, una se emociona y piensa en la valentía de esas tortas yendo a un sótano para reunirse con otras (impresionante metáfora, al mismo tiempo que realidad aquellos años, de tantas cosas), mostrando su afectividad y saliendo del armario como podían, jugándose el tipo en años tan terribles. Ese coraje ya merecería, por sí solo, un reconocimiento público por parte de nuestras comunidades sexuales, de los feminismos, y de la sociedad en general.

La labor de rescate de las memorias es necesaria y urgente: todavía hoy existen demasiadas lagunas sobre las historias de represión vividas y de resistencia de las disidentes sexuales. Nos va demasiado en ello como para permitirnos el lujo de no recuperarlas: por un lado, es algo que nos empodera colectivamente (esta demanda se logró, esta no todavía, pero seguimos avanzando); nos sirve, por otro, para conocer de dónde venimos y para que no nos cuenten las cosas como no fueron (no nos cayó nada del cielo); y, además, nos permite la transmisión intergeneracional de conocimientos y experiencias, evitando esa sensación de estar comenzando todo el rato: vamos sumando, en un proceso helicoidal, sin partir desde cero cada vez, sino desde lo ya conversado y peleado.

Y, finalmente, quería recordar que escribir sobre estos temas no es hacerlo sobre *cualquier* tema. La gente que investiga, en general, suele hacerlo bastan-

te sola, pero en el ámbito de los estudios lgtbi- *queer* esas soledades se acentúan: muchas son un reflejo de las lesbohomotransfobias campantes todavía hoy en el ámbito académico, en los movimientos sociales, y en la sociedad en general; las múltiples precariedades existentes, la falta de recursos para estas investigaciones, etc., no ayudan mucho tampoco. Trabajar en red es, muchas veces, una cuestión de supervivencia, y una forma de evitar invisibilidades impuestas, acosos o discriminaciones. Tampoco es fácil que se valoren estas investigaciones, porque suelen ser incómodas, y conseguir publicarlas. En este sentido, no creo que sea una casualidad que este trabajo salga en forma de libro en una editorial anarquista de la que es parte otra compañera activista y del archivolésbico, María Luisa Peralta. ¿Que no hay archivos? Pues habrá que crearlos. Y lo mismo con las editoriales.

Desde este otro lado del charco, me alegro mucho de que el archivolésbico (todo un modelo a seguir) continúe, de que se publique este trabajo y en esta editorial, y de que continuemos recuperando nuestras memorias políticas insumisas y subversivas aquí y allá, las de tortas, camioneras, bomberos, guardelitos, putos, machas, trans, travelos, tortilleras... y tantxs y tantxs otrxs en fuga del heteropatriarcado, sus normas y sus violencias. val dice que “esta historia es apenas una hilacha suelta que (re)construye

aquella intensidad de vida entre la violencia de estado, la lucha trotskista, la liberación de las mujeres y la (in)decibilidad lésbica” (p. 61). Yo creo que historias como esta son aportaciones enormes en la batalla contra el silencio y la desmemoria.

El sótano de San Telmo

*Una barricada proletaria
para el deseo lésbico en los '70*

Quedó en el aire como un susurro, un rumor abrasador que se suspendió en la atmósfera de algarabía y luego volvió a la memoria muda del activismo. Así, la veterana y férrea activista Adriana Carrasco¹ fundadora con Ilse Fuskova de los Cuadernos de Existencia Lesbiana (1987-1996)² soltó un dato histórico

1. Este artículo fue realizado en base a una entrevista e intercambio de mails con Adriana Carrasco (fines de agosto del 2014), y una entrevista a Ely Lugo Cabral (fines de setiembre del 2014), con quien me contactó Adriana. Las expresiones de Adriana están en cursiva a lo largo del texto, mientras que las de Ely están entrecomilladas y referenciadas. Ambas entrevistas ocurrieron en lugares significativos para ellas. Con Adriana fue a unas cuadras del sótano, que previamente fuimos a ver su ubicación; y con Ely, el primer encuentro lo tuvimos en el Bar La Academia (sobre Callao), que era parte del circuito cultural y político que frecuentaba en los '70 y donde se reunió varias veces con Martha Ferro, agitadora del sótano.

2. “Publicación de cultura lésbica donde se difundían producciones personales sobre experiencias lésbicas, como así

durante la presentación del Archivo Digitalizado del Activismo Lésbico allá por setiembre del 2011: *En los años de la dictadura, había un sótano en el que se juntaban las lesbianas y hacían reuniones y actividades*. Dado que de aquellos años el Archivo cuenta con escaso material, ese dato se incrustó como una piedra certera y fresca en la política del blog. Por diversos motivos, la punta de esa historia, de esa *especie de agujero negro donde se esconden muchas experiencias de la segunda mitad de los 70*, quedó flotando en el recuerdo de muchas de nosotras pero sin poder asir el hilo de un relato que lo transformara en experiencia pública, visible y sensible.

Esta vez, el tiempo y el deseo se complotaron para vitalizar, de una vez, esa historia y contramemoria de aquel espacio y aportar a combatir un silencio más, de esa reserva inagotable que puebla nuestras existencias lesbianas. Un silencio que, en este caso, está enhebrado por el escamoteo, disimu-

también gran cantidad de artículos teóricos, entre ellos algunas traducciones realizadas por la misma Ilse Fuskova. La publicación era artesanal y salió entre los años 1987 a 1996 de manera irregular. En el año 2008 fueron recopilados todos los cuadernos por la Librería de Mujeres de la Ciudad de Buenos Aires, con excepción del cuaderno número 6 que puede encontrarse en el archivo de activismo lésbico www.potencia-tortillera.blogspot.com (Canela Gavrila, "Revisión teórica de la biografía de Ilse Fuskova", 2011, inédito).

lo y silenciamiento de la clandestinidad política que imponía la dictadura militar.

Esa punta que lanzó Adriana no sólo fue un gesto político y de memoria lésbica, también fue un gesto de amor, porque la que movilizó aquel espacio del sótano fue su compañera y pareja Martha Ferro, fallecida en el 2011, unos meses antes de que el archivo lésbico se incorporara a la vida virtual y documental de la historia de la disidencia sexual. Aunque Adriana no vivió la época del sótano, sabe la importancia vital que la palabra tiene para construir historia, política, amor, rebeldía. Porque tanto ella como Martha fueron trabajadoras de la palabra, eran periodistas en diversos medios gráficos, ya sea de militancia partidaria o del activismo lésbico. Mientras Martha no le dio importancia política a lo que hizo en aquellos años, influida por su formación y militancia trotskista centrada en la lucha de clases, Adriana juntó retazos e historias sueltas para (re)componer aquella experiencia política y afectiva que fue el sótano como referencia para muchas lesbianas de los años '70.

De modo que a partir de su relato que reconstruye las crónicas domésticas que Martha le hacía de aquel momento y la experiencia rememorada intensamente por Ely Lugo Cabral –una joven participante del sótano–,³ junto con publicaciones académicas y artículos

3. Ely Lugo Cabral tiene 55 años, es diseñadora gráfica,

periodísticos que dan cierto soporte para comprender el contexto, tenemos la oportunidad de escribir ese pedacito de historia de la disidencia sexual en clave lésbica. Y que sería mucho más rico si más lesbianas que vivieron aquel momento estuvieran dispuestas a quebrar el mutismo autobiográfico que impone la ley heteronormativa, así como a infringir por un instante las subjetividades de clausura que el terrorismo de estado forjó en el cuerpo social.

El problema de tratar de armar un panorama más completo es que la mayoría de las lesbianas que formaron parte de esas experiencias son recontrafóbicas, a esta altura del partido tienen terror hasta de que su familia se enteren de que son lesbianas.

Para comprender las derivas de la invisibilidad⁴ y

artista plástica, cronista, lesbofeminista, y fue militante del PST (Partido Socialista de los Trabajadores). Tenía 18 años cuando comenzó a participar de las actividades en el sótano. Allí era conocida como Ely, que oscilaba entre ser el nombre abreviado de Elizabeth o Elisa, por cuestiones de seguridad. El apellido se invisibilizaba por las mismas razones.

4. En “Fiestas, baños y exilios” (Rapisardi y Modarelli, 2001), Natalio da cuenta de esta situación de invisibilidad, marcando las diferencias con el circuito libidinal de los gays: “Lesbianas, lesbianas... la verdad es que conocí pocas. No sé donde circulaban. En aquellos años 70, de los que mayormente hablo tuve

sus efectos políticos tanto como biográficos es fundamental ubicar los discursos hegemónicos de ese tiempo histórico en torno a la homosexualidad, que estaban basados en la patologización y estigmatización. El homosexual y la lesbiana, nacidos en el siglo XIX entre la medicina y la criminología, se constituyeron en sujetos a corregir, a curar, a perseguir, y eventualmente a eliminar. Recordemos que en 1973 la Asociación Norteamericana de Psiquiatría (APA) eliminó la homosexualidad del Manual de Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (el DSM II) y dejó de considerarla una desviación sexual y una enfermedad. En tanto la OMS (Organización Mundial de la Salud) recién lo hizo en 1990.

El discurso de la patologización y estigmatización de la homosexualidad permeó la vida social y cultural de varias décadas, y fue utilizado como forma de control social para los disidentes políticos y sexuales. Por eso, el secreto fue un elemento fundante de la homosexualidad, y en el caso de las mujeres se combinó con la inferiorización de su sexualidad. En este sentido, Gemetro señala:

apenas cierta amistad con dos tortas (...) que yo sepa no hacían fiestas, ni venían a las nuestras. Quizá festejaban de otro modo. Se juntaban sí a cenar o tocar la guitarra. Los suyos eran otros códigos. Además, entre nosotras las locas había mucho prejuicio contra ellas. Entrábamos siempre en cortocircuito. Creo que nuestro estilo de bromas cínicas y malévolas les jodía. No nos entendíamos (...) éramos ahora lo sé dos mundos distintos”.

La homosexualidad como enfermedad o como “desviación” fue un argumento recurrente que reapareció entre los discursos autoritarios y conservadores a lo largo de toda la historia argentina. Se hizo público para justificar la persecución de agentes políticos disidentes como el anarquismo, el socialismo y las concepciones libertarias entre las mujeres jóvenes de principios del siglo pasado. Luego reapareció con fuerza en las diferentes estrategias de control que campearon los años sesenta y setenta haciendo numerosas razzias y Campañas de moralidad en coordinación con una escalada de violencia institucional durante la dictadura de Onganía, el gobierno de Frondizi, las gestiones peronistas y la última dictadura militar (2011, 111).

Un ejemplo de esta persecución lo encontramos en el año 1975, cuando desde la revista “El Caudillo”, López Rega llamaba a “acabar con los homosexuales”, haciendo alusión en uno de sus números a mujeres homosexuales, representándolas como “bebedoras de hormonas masculinas y asesinas de policías y soldados” (en referencia al asesinato del jefe de policía Villar supuestamente a manos de una joven militante guerrillera), y como “mujeres de pelo en pecho”.

En cuanto a las categorías identitarias como aglutinantes políticos, es importante destacar que el término lesbiana en los años '70 todavía no tenía la construcción

discursiva y la politicidad necesaria para articular un agenciamiento colectivo. Elsa Campos, correctora y delegada gremial, que conoció a Martha Ferro en el PST en 1978, señaló que “no ocultaba su lesbianismo”,⁵ es decir, vivía su sexualidad no en términos identitarios sino como una forma de deseo fundida con otras experiencias vitales, sin los contornos políticos que adquirió en los '80 como categoría de identificación y movilización política. Lesbiana refería más que nada a una experiencia colectiva común modulada por la pertenencia de clase, las redes de amistad y contactos.⁶

5. Citada en “El grito”. Mabel Bellucci, Página 12, Suplemento Las 12 (2011). <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-6361-2011-03-04.html>

6. Carlos Fígari y Florencia Gemetro (2009) “Escritas en silencio. Mujeres que deseaban a otras mujeres en la Argentina del Siglo XX”. Revista Latinoamericana Sexualidad, Salud y Sociedad, n.3 - 2009 - pp.33-53. En este trabajo, el clima de época es reseñado por las entrevistadas dado que “a partir de la década de 1960, el clima de liberación sexual, el ideario hippie, la moda unisex, el consumo de drogas y la difusión del psicoanálisis constituyeron prácticas que habilitaban espacios de experimentación sobre sí mismas, sobre sus sensaciones y sobre sus cuerpos”. También puede verse el artículo de Benavente, Ana Clara y Gentile, Luisina (2013). “Lesbianas en los '70: Pensando los orígenes de una identidad política”. VII Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Dirección estable: <http://www.academica.com/000-076/198>.

***Clandestinidad política:
sospechas, ardidés y pasiones***

Reconstruir la experiencia del sótano implicó indagar en los archivos sensibles de la subjetividad, la memoria y el deseo. El terror y el miedo que impuso la dictadura militar fue un organizador de la vida diaria, un programa socioafectivo que fue modelando los cuerpos en una gestualidad entrenada para la clandestinidad y en los ardidés de la vida subterránea; una coerción estatal que modificó drásticamente el lenguaje social. Mirar de reojo, hablar en voz baja, conversar y espiar al mismo tiempo, no registrar los apellidos, bajarse varias cuerdas antes del lugar de reunión, caminar y desviarse, ir en auto a la casa de un compañerx con la cabeza entre las piernas o los ojos tapados, son parte de ese conjunto de estrategias que se implementaban para cuidarse entre lxs militantes, recuerda Ely Cabral. De esta manera, los bordes de sus palabras están refileados por el miedo y el cuidado, por la memoria de una intensidad que es hoy latido aplacado en las discrepancias del presente.

Proveniente de una familia de pequeños productores rurales, Ely no se reconoce como una “rebelde lesbiana”, pero sí con una “sensibilidad” que la impulsaba a una pasión por saber de “qué iba el mundo”.

“igual yo me rebelé desde muy chica, nunca me pareció pertinente que por mi condición sexual a mí me determinara a hacer determinadas actividades. Siempre fui desde chica muy de jugar a la pelota, tocar la guitarra, desafiarme con la bicicleta, ya la política me interesaba desde los 12 años, en mi casa se hablaba. En mi casa tampoco estaba eso de vos sos mujer, y vos sos varón, este es varón, esta es mujer, no, no. La verdad que en ese sentido mis padres han sido muy permisivos” (Ely, 2014).

En su adolescencia, definida como “inquieta, curiosa, porque quería saber de qué iba el tema”, aprendió de su profesor de contabilidad, comunista y director del colegio Manuel Estrada, sobre la militancia, la represión de la triple A y lo que acontecía en la sociedad. “Ya al ser adolescente, al ser joven, estábamos bajo la sospecha de estos represores”. Leer un poema de Pablo Neruda y salir a buscarlo por las librerías, fue un acto de arrojo que se volvió peligroso a los ojos de los vendedores; “salía a preguntar por las librerías y me miraban con cara de ‘vos estás loca’, cómo me venís a preguntar por ese autor”.

Uno de los escenarios significativos para la formación intelectual y política de Ely fue la avenida Corrientes y todo un circuito de cafés en el que bullía la actividad cultural. La Giralda, Los Pinos, La Paz, el café Ramos, La Academia, Politeama, entre otros, con-

formaban aquel espacio de agitación social. En uno de esos cafés conoció a Martha Ferro.

“Era el boca en boca, por eso los cafés fueron y son para mí aun hoy día, como lugares en esa época, y que se están perdiendo... los cafés eran como hoy un ciber, donde vos te encontrabas con las personas que estaban buscando, tenían curiosidad, porque uno estaba leyendo y a ver qué está leyendo y entonces, el saber que estaba leyendo ya te daba la impresión de que esa persona era un ser pensante, ya era distinto a otros. O una revista, o querés tomar un café, invitarse, yo he hecho amistades así, de estar en un café, de encontrarnos y de charlar de qué iba la marcha de esa época. Y así conocí a muchas personas, aun con el riesgo de la caza de brujas, que sinceramente en esos cafés caía el patrullero y después uno se enteraba, y también el boca en boca, tené cuidado porque la semana pasada llevaron tantas personas del café La Paz, o tantas personas de La Giralda. Entonces, uno también se cuidaba y arriesgaba, de no caer, de ir con esa gente y terminar dos o tres días o una semana o desaparecer. De mi colegio de secundaria tengo compañeros desaparecidos, de mi curso, de la escuela, el director mismo, que nos daba clases de comunismo o de política o lo que estaba sucediendo” (Ely, 2004).

Un hecho quedó grabado a fuego en su memoria corporal y fue determinante para su futura actividad política.

Ely menciona a Pilar, una mujer chilena que estaba a cargo “de bajarte línea” e instruirla en el trabajo clandestino. “Ella era una persona maravillosamente con sabiduría, muy simpática, muy militante, muy defensora de la mujer, muy trotska, muy con esa sensibilidad de izquierda, y nunca más supe nada de ella. No sé qué pasó”.

Para aquella época, “ser trotska y lesbiana era un infierno”, afirma con contundencia. Tomó conocimiento de la existencia del sótano en el año 1978, a través de tres amigas (una bisexual, otra heterosexual y una lesbiana) que le comentaron sobre un grupo de mujeres que estaban haciendo militancia de mujeres.

“y también era una forma de, si una estaba en búsqueda de encontrar una mujer, una pareja mujer o tener una novia o una compañera, era el filtro, de poder encontrarse y mancomunarse con esos pensamientos y con esas personas que estábamos todas invisibilizadas por el mismo sistema” (Ely, 2014).

Ely rememora que nunca se aprendió la dirección exacta del sótano, sino el recorrido para llegar a él, por razones de seguridad.

“Entonces yo ya venía con un bagaje de temor... no sé si era temor, la palabra te diría es de cuidado, de ser cauta, de estar atenta, de estar mirando con miradas escudriñadoras a ver dónde podía estar el enemigo, quién te podía estar escuchando. Incluso en tu casa, tener miedo de si tu familia no estará jugando de quinta columna, como en los partidos políticos también. Y yo crecí de esa manera, entonces llegar al sótano y encontrarme con un mundo de mujeres para fue muy provocador, muy interesante, de muchas personas y de muchas mujeres que, hoy lo puedo decir, eran vanguardistas de esa etapa” (Ely, 2014).

Martha Ferro: una agitadora de sangre, deseo y clase

El sótano quedaba en la esquina de las calles Defensa y Pasaje San Lorenzo del barrio de San Telmo, en la ciudad de Buenos Aires. La dirección exacta es Pasaje San Lorenzo 391, donde actualmente funciona un pub-pool, y se extiende bajo lo que hoy es la pizzería Sr Telmo. Una puerta de madera y color verde, cerrada con candado que da a la calle adoquinada, atesora una valerosa historia que combinó lucha de clases y sociabilidad lésbica en los años del terrorismo de Estado.

Abajo hay un lugar bastante inhóspito que se inundaba mucho, había que desagotarlo, sacar agua con bombas, o bueno, no sé si con bombas, en esa época sería demasiado... seguramente con baldes lo harían, porque cuanto menos ostentoso fuera, mejor.

Adriana propone caracterizar el contexto en que surge la experiencia del sótano, y para ello el nervio del relato se funde en la figura de Martha Ferro (1942-2011),

la persona que fue armando ese lugar y le dio movimiento. El punto central, y que creo hay que respetar, es que para Martha la lucha social era

la lucha de clases. Todo lo demás estaba subordinado a ella, el género ensamblado a la lucha de clases (y una mirada moderna donde el sujeto era “la mujer trabajadora”).



Vista actual de la esquina del sótano (2014)

Sobre Martha Ferro hay diversas crónicas póstumas escritas por María Moreno y Mabel Bellucci que describen en detalle su pasión por el trabajo de cronista de policiales (conocido como el policial tramontina), su militancia trotskista ineludible, su pertenencia al PST, su amor por los beatnik, así como su personalidad de dandy proletaria y las tácticas de seducción con guiños astrológicos. *No podemos decir que sea como la media de las lesbianas de esa época*, sentencia Adriana.

También existe una entrevista inédita realizada por María Moreno, “Yo no jugaría al truco con esta sociedad”⁷ y otra a cargo de Juan Ignacio Boido, “Identikit”.⁸

En “La cronista roja”,⁹ María Moreno escribe sobre Martha:

7. Página12, Suplemento Radar (2011). Esta entrevista es parte de un reportaje mucho más largo incluido en el libro “La comuna de Buenos Aires” (relatos al pie del 2001), Editorial Capital Intelectual (2011).

<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/6886-1356-2011-03-06.html>.

8. Página 12, Suplemento Radar (2011). Estas declaraciones de Martha Ferro están tomadas de “Sangre sabia”, una breve historia del policial argentino de Juan Ignacio Boido incluida en el número de febrero del 2000 de la occisa revista Página/30.

<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/6886-1355-2011-03-06.html>

9. Página 12, Suplemento Radar (2011) <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-6886-2011-03-08.html>

Trotskista, alumna de Letras, amante de los beatniks a los que se fue a buscar a Nueva York, parte de las redacciones más emblemáticas de Policiales de las últimas décadas, Martha Ferro se volvió una cara conocida con el documental Tinta roja, de Carmen Guarini.¹⁰



Martha Ferro. Fuente: Página12

10. En la nota homenaje que le dedica Carmen Guarini, “Se me ha muerto como del rayo...”, define a Martha como: “Ella andaba metida entre los costados más poéticos de las noticias duras, sacando literatura de la mugre. Hurgando en las miserias de todos, para poder entender la ausencia de paraíso”. Página 12, Suplemento Radar (2011)

<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/6886-1357-2011-03-08.html>

Y Adriana corrige: *se anotó en Psicología, no en Letras*. Mientras tanto, en “El grito”,¹¹ Bellucci la define como la convergencia de “feminismo y socialismo”, trabajadora antipatronal y antiburocrática. En la vida y la militancia de Martha Ferro era tan nodal la clase que no había distinción entre las amistades para señalar la explotación, radicalidad de la que da cuenta Adriana:

Graciela Fernández me cuenta que Martha fue en los 70 -habría que precisar fecha- a un par de reuniones en casa de María Luisa Bemberg. Se sintió muy molesta porque “la Bemberg explotaba a tucumanas en la cocina”. Le dijo a la Bemberg, de buena manera, que no iba a ir más a su casa por ese motivo. Las chicas tucumanas les servían el té a las feministas que asistían a esas reuniones. La Bemberg aportaba mucho dinero y trabajo personal a la causa feminista. Era una mujer muy amable y no maltrataba a sus empleadas. Pero es la clase. Y la clase no es chiste.

A fines de los años ‘60, Martha viajó a Nueva York con unos amigos. Adriana cuenta la táctica usada con la familia para poder concretar su anhelo:

11. Página 12, Suplemento Las 12 (2011). Ahí mismo, Bellucci recupera que las colisteras de RIMA enviaron dos largas entrevistas que publicaron la revista Sudestada (diciembre de 2006. Nº55) y el portal periodístico Artemisa (28/3/2007).

en la casa nadie les iba a dar permiso, entonces Martha trucha una carta de una universidad de allá, la manda a la casa, con una invitación para estudiar, una beca, y los padres de ellos se lo creen. No sé si todos, porque en el grupo había una chica que por ahí era de familia de clase un poco más alta, ahí no sé, pero los que eran proles, los padres se tragaron el verso.



Martha Ferro. Fuente: Suplemento Radar, Página 12

Su amiga Graciela Fernández recuerda la extravagancia proletaria de Martha en la ciudad cosmopolita:

Se materializó en los pasillos de la estación Grand Central con una capa y sombrero de mosquetero feliz. Se había mandado a NY impulsada por Allen Ginsberg y los long-plays de The Mamas and The Papas. Me acuerdo de su inglés del principio: apenas tenía el vocabulario absurdo de los libros de Molinelli Wells. Llegó, padeció una estadía en el Alton Hotel para desocupados donde algunos negros lumpen la acosaron. Disfrutó encuentros múltiples con Mary, Peggy, Betty, Julie, rubias de NY.¹²

Adriana recupera uno de los tantos trabajos que Martha realizó allá, muchos de gran esfuerzo físico: *creo que el que más hizo fue de vendedora de panchos en la nieve. En los últimos años a ella le gustaba mirar "La Ley y el orden" para ver a los vendedores de panchos en la nieve...*

En la entrevista que le hizo Juan Ignacio Boido, la misma Martha da a conocer uno de los motivos que la alentaron a irse a Nueva York:

Me fui a Nueva York, buscando a Allen Ginsberg. Me hice hippie y estuve cuatro años buscándolo: yo vivía en la 11 entre la B y la C; tres años des-

12. En "La cronista Roja", op.cit.

pués, cuando ya casi me había resignado a no encontrarlo, me lo encontré en el correo. Resultó que él vivía en la 10 entre la C y la D, a tres cuerdas de mi casa. Fue en el '69. Durante siete años viví vendiendo los bocaditos de espinaca que hacía mi vieja acá en un restaurante de comida macrobiótica. Pero conocí a Ginsberg y ese mismo año casi conocí a Kerouac. Un día estábamos on the road con Héctor Libertella, cuando vimos un cartel con el nombre del pueblo donde vivía Kerouac. Nos mandamos. Caímos cinco latinos en la casa donde había vivido el tipo. Nos recibió el cuñado. Era principios de noviembre y Kerouac había muerto el 21 de octubre. Le mentimos: le dijimos que llegábamos especialmente desde la Argentina. Nos hizo pasar. Nos consideró adorables. Charlamos un rato. Yo me quería afanar uno de los dibujos de Kerouac, pero la moral de Héctor Libertella y otros no me lo permitieron.

Adriana agrega otras motivaciones que se habrían jugado para el viaje, además del ansia beatnik:

La represión, en 1966 empieza la dictadura de Onganía, la represión cuanto varón pelilargo, mujer de pantalones, estaría podrida de la familia también. Un buen programa era estar con la abuela.¹³ La madre y el padre eran más conser-

13. En la primera edición de la revista "Todas" (1979) que

vadores, apegados al trabajo, a la cultura del trabajo, y la madre, una tana disciplinadora y alimentadora.

Martha dirigió, está publicado un poema que le dedica a su "Abuela Pepa". En uno de sus versos afirma: "Mi abuela hizo muchos trabajos: me enseñó a pensar con libertad...".

***De Nueva York al PST:
un sótano para la política del deseo***

Martha regresa a la Argentina en 1974, después de la muerte de Perón, y comienza su militancia en el PST. El Partido Socialista de los Trabajadores fue un partido político argentino fundado por Nahuel Moreno en el año 1972, de orientación trotskista, y surgido de la fusión del PRT La Verdad y el grupo proveniente del Partido Socialista, liderado por Juan Carlos Coral. El PST fue uno de los pocos partidos que incorporó a su programa político las reivindicaciones del movimiento de liberación de las mujeres, tal como se denominaba en aquel momento. Las nuevas militancias de izquierda en los '70, entre las que se hallaba el PST, avanzaron sobre dos puntos desatendidos por la militancia tradicional: el trabajo sobre la moral y las prácticas cotidianas de los/as militantes y las mujeres (Trebisacce, 2013).

Martha acá conoce a la gente del PST que era el sector trotskista más popular. El PST no era un partido gorila... podías tener un background peronista¹⁴ o un tipo de historia más nacional y no pasaba nada. Y ahí en el PST había un frente

14. Para Adriana, *las influencias peronistas en la crianza de Martha son cruciales para comprender su interpretación del trotskismo y sus fugas poco ortodoxas respecto del canon trotsko.*

de la mujer que se ocupaba de las mujeres trabajadoras.

Para indagar en los encuentros y desencuentros entre la militancia de izquierda y la militancia feminista en los tempranos años '70, en especial desde el PST, se pueden ver los trabajos de Catalina Trebisacce¹⁵ y un artículo de Mabel Bellucci¹⁶ que exponen los avatares de la relación entre izquierda y feminismo¹⁷ de aquel momento.

15. Catalina Trebisacce, "Encuentros y desencuentros entre la militancia de izquierda y el feminismo en la Argentina", *Revista Estudios Feministas*. Florianópolis, 21(2): 336, maio-agosto/2013; "Una segunda lectura sobre las feministas de los '70 en Argentina". *Conflicto Social*, Año 3, N° 4, Diciembre 2010 *Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA; "Aunque algunos se rían de nosotr(o)s..." crónica de las exploraciones en la Militancia feminista del partido socialista de los trabajadores (1972-1975)", en *Temas de Mujeres*, Revista del CEHIM Año 8 N° 8, 2012.

16. Mabel Bellucci, "Revolución social y revolución sexual". *Revista Herramienta* N° 50.

<http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-50/revolucion-social-y-revolucion-sexual>

17. "En la primera mitad de los años setenta en Buenos Aires, Argentina, se gestaron varios pequeños grupos que se identificaban abiertamente con el feminismo, de los cuales los más destacados fueron la Unión Feminista Argentina UFA (1970-1976) y el Movimiento de Liberación Feminis-

La fórmula electoral del PST para las elecciones de 1972 llevaba a una mujer como candidata a la vicepresidencia: Nora Ciapponi.¹⁸ Catalina Trebisacce (2013) señala algunas de las motivaciones del partido que promovieron la articulación entre la lucha de clases y la liberación de las mujeres¹⁹:

ta MLF (1972-1976). Se trató de experiencias feministas que reivindicaban su radical independencia respecto de agrupaciones políticas clásicas y de las de la nueva izquierda también. Para un estudio de estos grupos véase Alejandra Vasallo, 2005; Karin Grammático, 2005; Catalina Trebisacce, 2010; y Catalina Trebisacce y María Luz Torelli, 2011” (Trebisacce, 2013).

18. Reportaje a Nora Ciapponi por Alicia Schejter. Sobre la desobediencia a cierto modelo de mujer y feminidad, Nora destaca: “Toda mi militancia en el Norte, en Tucumán, en Jujuy, fue muy importante, había una incidencia muy grande del PST en el gremio del azúcar. En el Ledesma abrí el trabajo, como cuento antes, viviendo con los proles, haciendo dedo, me recibían en sus casas. Fue una experiencia repositiva. Como yo no cuadraba en el modelo de mujer que conocía me habían puesto “la macha”, en vez de “macho”, la “machacha”. Pero me decían así cuando me nombraban entre ellos. A mí no, a mí me decían Nora, Norita. Yo enfrentaba la policía, cuando nos perseguían, dormía en los cañaverales y encima los dirigía yo”. <http://brujasrevistafeminista33atem.blogspot.com.ar/2012/02/reportaje-nora-ciapponi.html>

19. El PST contó en sus inicios con una agrupación de mujeres llamada “Muchacha”, aunque no reconocida orgánicamente. “Muchacha fue una agrupación de mujeres del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) que trabajó en la lucha por

Numerosas pueden ser las razones que motorizaron dentro del PST la preocupación por la llamada liberación de las mujeres. Son razones que se vuelven huidizas al análisis, a consecuencia de la poca centralidad que dicha preocupación encontró en las fuentes documentales dejadas por el partido. De cualquier modo, pueden señalarse algunas causas posibles. En primer lugar, la emergencia en el mundo occidental del movimiento feminista de la segunda ola, que en estas geografías además de ser replicada por algunos grupos locales, fue retratada por las revistas de actualidad como un tema de interés de la población, que en el marco de una contienda electoral no debió ser un dato des-

la Liberación de las mujeres, desarrollando sus actividades en conjunto con las agrupaciones feministas del período, como fueron la Unión Feminista Argentina (UFA) y el Movimiento de Liberación Feminista (MLF). Como parte de sus tareas el grupo concibió la publicación que llevó su mismo nombre en cuyas páginas se evidenciaban sus afinidades ideológicas feministas con la UFA y el MLF, al tiempo que manifestaban como una expresión local del feminismo socialista radical. Un feminismo que interpretaba y denunciaba la opresión de las mujeres como un sistema de opresión independiente de otros” (Trebisacce, 2012). “Muchacha” formó parte del grupo Política Sexual, conformado en 1972, del que participaron varones del Frente de Liberación Homosexual (FLH), mujeres de la UFA, del MLF, del Movimiento Feminista Popular (MOFEP-FIP).

preciable. En segundo lugar, puede señalarse la vinculación que el PST mantuvo con las nuevas izquierdas norteamericanas, más precisamente el Socialist Workers Party (SWP), quienes desarrollaron intensas experiencias de militancia feminista (2013).

Adriana recuerda la formación de clase y cultural que Martha había realizado como militante del partido, una trotska intelectual pero de raigambre popular:

Me contaba que la mandaron a militar a Terrabussi, la fábrica de galletitas, y para eso tuvo que hacer toda una instrucción previa y mirar la revista Radiolandia para poder hablar con las chicas. Y Martha es feliz. La gente de esa época había estado muy influenciada por programas de radio, no había tele, y la radio se dividía por segmentos de clase. Había una radio que se llamaba Radio del Pueblo, que era la que pasaba todos los melodramas populares, radio-teatros, historias de lobizones, Favio se inspiró mucho en esos melodramas de la radio. Martha venía de ese estrato social.

El sótano es alquilado en enero del '76 por su compañera, con la que se había conocido allá, una artista que se dedicaba a la cerámica, los títeres y el dibujo. En principio, el lugar estaba pensado con el fin de montar un taller, pero Martha le comienza a imprimir

un movimiento importante al espacio con reuniones de las chicas del partido y funciones de títeres.

La pasión cultural de Martha eran los títeres.²⁰ Muy lejos del under de los '80 y de sus íconos consagrados como el Parakultural o Cerdos y Peces, Martha adhería a otras producciones culturales y estéticas.

La estética de Martha era otra. Ella pertenecía al universo de los títeres (en el estilo de Javier Villafañe, el títere de cachiporra bien maniqueo / detestaba las marionetas y los títeres para clases ilustradas), los relatos para niños (era amiga de varias autoras de renombre en ese campo) y después se dedicó al periodismo de noticias policiales. Una de sus frases favoritas era: "No tengo angustia cultural". Le causaba rechazo la estética de las clases medias. Su gusto se inclinaba hacia los productos de las clases populares y de los marginales.

Martha terminó estableciendo las pautas del sótano, y fue vinculando a esta artista con militantes de

20. Años más tarde, pasados los '80 y ya entrando en los '90, Martha formó en La Boca "a por lo menos tres generaciones de titiriteros. Decía que era para sacar pibes de la pasta base o del cartón por peso: usaba los clásicos de papel maché, nada de goma eva" (La cronista Roja). En el 2005, con Griselda Astudillo formaron la Compañía Medias Rojas, además de ser luchadoras por el aborto legal, seguro y gratuito (El grito).

izquierda y otras lesbianas que eran asiduas del lugar.

Esta chica era muy retraída y Martha la fue presentando a medio mundo y medio mundo iba ahí. Martha no tenía límites, no le podías decir acá no tal cosa, salvo que fueras más dominante que ella. Ella establecía las pautas del lugar.

El sótano funcionó unos meses durante 1976 -tres aproximadamente-, y previo al golpe de estado militar fue allanado por la policía. No obstante, el PST ya había sufrido persecuciones y asesinatos por parte de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) durante el gobierno de Estela Martínez de Perón.

Las tres A ya estaban reventando gente del PST a lo loco, a las pibas las torturaban de la peor manera, las pibas que asesinaron en La Plata fueron crímenes atroces.²¹ Eran muy moles-

21. Cuatro compañeras del PST fueron asesinadas en la represión conocida como La Masacre de La Plata. En medio de un duro conflicto con la Petroquímica Sudamericana (Hilandería Olmos), el 4 de setiembre de 1975, 5 jóvenes militantes del PST se dirigían a la fábrica a llevar lo recaudado para el fondo de huelga. Fueron interceptados y secuestrados. Aparecieron en la madrugada del 5 acribillados a balazos en el paraje La Balandra de Berisso. Tres compañeros que enterados de su secuestro salieron a denunciar el hecho, fueron secuestrados a metros del local central del PST en pleno centro de la ciudad de La Plata, y aparecieron horas des-

tos para las tres A. Encima, torta y puta. Torta no sería la palabra, es de los 80, más que nada dirían puta, todas putas y putos, y maricas, putas y maricas sería para el orden mental de la derecha peronista. Le llamo las tres A porque en esa época se decía así, la triple A es como un constructo me parece. Por eso me gusta retomar la nomenclatura vieja.

pués también fusilados. Este aberrante hecho pasó a la historia con el nombre de la Masacre de La Plata.

***“Toda licencia en arte”:
política y sexualidad***

Que hubiera gran cantidad de lesbianas alrededor de ese pequeño movimiento subterráneo que fue el PST durante la dictadura es un hecho que fue posible porque Martha era una lesbiana terriblemente movilizadora y porque “el partido” tenía una mirada liberadora en cuestiones de sexualidad (porque el lesbianismo se veía como una manera de expresarse sexualmente, nada de darle un contenido político a la cuestión).

Martha vivía su sexualidad con gran libertad aunque tensionada por el marco de constricciones que imponía la norma de la época. Fue expulsada por lesbiana del colegio secundario al que iba, *un liceo de Liniers*.

En la escuela secundaria Martha empieza a tener historias con compañeras, la echan por lesbiana, algunas de esas lesbianas que conoció en la escuela pasaron por el sótano, porque eran parte del ghetto. El ghetto no era tan grande, tarde o temprano te cruzabas si vivías en Buenos Aires. A ella la echaron, la otra logró quedarse, y resultó ser la prima de una amiga mía, que era amiga de Martha y la heredé como amiga. Es muy gracioso, está todo conectado.

En su familia no se hablaba abiertamente, *pero tampoco andar inventándose novios ni nada por el estilo*. Adriana rescata un imperativo de Martha que devenía en una particular filosofía de vida: *“toda licencia en arte”*.

Me parece que la sexualidad entraba dentro de eso también, arte, vida cotidiana, si es creativa de tu sexualidad está bien... en contra del realismo socialista y eso aplicaba también para la sexualidad. Había como un realismo sexual, estilo soviético o, maoísta, estalinista, todo lo que se llevara mal con el estalinismo estaba bien en el trotskismo.

Lesbiana no era en ese momento una identidad política y el término poco se usaba como forma de identificación. Para autonombrarse aparecían otras denominaciones que se pronunciaban en las entrelíneas del feminismo, de la izquierda y del discurso social heteronormativo. En el círculo de Martha se usaba *karmática*²² como modo de reconocimiento,

22. El término también es referenciado por Florencia Gemetro en “Lesbianidades: coordenadas historiográficas para entender la emergencia del lesbianismo en la Argentina” (2011): “Cuadernos de Existencia Lesbiana se propuso el estudio y la reflexión grupal mediante el trabajo y la producción de teoría lésbica. En sus publicaciones se reconstruyeron historias de lesbianas y el lesbianismo. Entre sus páginas desfilaron alternadamente tra-

distanciándose de otros términos que tenían una carga elitista de clase, como las *better*,²³ o de aquellos que tenían una carga peyorativa como tortilleras:

Martha lo acuñó y en esa época lo usaban en el sótano, todavía vas a encontrar alguna que la usa... Porque los hippies andaban con toda esta cosa esotérica. Martha andaba siempre con el I Ching, el libro de cabecera, y el Winco para escuchar música. Y gracias a Martha yo tuve mis primeras efemérides astrológicas... además era muy intuitiva para adivinarte el signo y tirarte las pre-

ducciones de Audre Lorde o Adrienne Rich, teorizaciones feministas, nociones de psicoanálisis, grupos de estudio, grupos lúdicos, colectivos de reflexión, colectivos de socialización como las *bettors* o las *karmáticas*, personalidades públicas, crónicas sobre situaciones de discriminación, leyes y acciones segregacionistas, diarios de viajeras, diferentes voces y testimonios”(104). En María Alicia Gutiérrez (comp), *Voces polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades*. Ediciones Godot. 2011. Buenos Aires.

23. “Better, la palabra por excelencia, instala una categoría superior. Las *better* no sólo son las mejores sino que son ‘las que saben’, ‘las que entienden’. ¿El orgullo como ardid para sobrevivir? Frente a la existencia obvia, brutalmente a la luz de las paquidermos, las *better* se instalan en una zona inusitada, sutil. Y desde allí se burlan ‘de las que no son’ y ‘no entienden’”, en Sardá Alejandra, Hernando, Silvina (2001) “No soy un bombero pero tampoco ando con puntillas. Lesbianas en Argentina: 1930-1976”. Ontario, Editorial Bomberos y Puntillas, pág.151.

dicciones del futuro, se daba cuenta sola, sin mirar ningún libro. Era parte de su arsenal de seducción también. Pero era por toda esta historia de los hippies de Nueva York, que en realidad son más bien beatniks que hippies. No eran flowers power como los de California, eran gente de laburo, que curtían drogas pesadas... no eran los pacifistas de no a todas las guerras, las guerras del oprimido contra el opresor, esas sí valen.

A su vez, *karmática* concentraba la condición de juego, magia y misterio que recorre las corrientes subterráneas del deseo, algo de lo que Martha se ocupaba de promover. Seductora tenaz, *fue pareja de medio mundo*.

El término tenía una carga lúdica... y me parece que mentaba a personas mágicas y diferentes, quizá destinalmente mágicas y diferentes... tampoco tenía que ver con el partido (supongo que a Martha le toleraban las “desviaciones” propias del pensamiento mágico porque tenía mucho carisma y capacidad de organización).

También se puede hablar de *historias de bomberos*, un término muy usado en ese momento para designar a las lesbianas con una performance de género más masculina.²⁴ Martha decía de sí misma que era un

24. “Varias entrevistadas mencionan el empleo de “bombero”

bombero de agua tibia, porque su apuesta era más a la seducción y al juego erótico que implicaba, antes que a concretar una experiencia sexual.

Su sexualidad era seducir, donde se acababa eso... podías ser una buena pareja de convivencia, como éramos nosotras, cada una en su habitación, con sus historias paralelas cruzándose a veces en la casa, compartiendo sólo nosotras lo cotidiano, que incluía una mirada fuertemente política para cada situación. Teníamos un rollo diferente en cuanto a las mujeres con las que nos relacionábamos por fuera, y eso nos llevaba a chocar y en un momento, a separarnos. Todo era un gran quilombo. Era recontra celosa, una tipa pasional, quilombo, ruido (y yo también). Y sus silencios (pocas se los conocimos), espectrales.

como una denominación aplicada a aquella mujer visual y gestualmente varonil que performatizaba roles de género masculino. En aquella época, las/os “bomberos” usaban sacos de hombre, gesticulaban como éstos en sus formas de fumar y caminar y no usaban maquillaje. En algunos casos estas mujeres eran evitadas por otras mujeres que deseaban mujeres por considerarlas estereotipadas y “evidentes” ya que las podían “quemar” en público (Sardá y Hernando, 2001). En una línea similar estaban las “gardelitos” (viejas de pelo lacio, que no se tiñen, con corte masculino, usaban chaleco y tenían una actitud a lo Gardel).

A su vez, Ely Cabral evoca otros modos de nombrar a las lesbianas: tortón, machona, camionero, mujer barbuda, es de la comunidad, es de la misma religión (o parroquia), GCU (gente como uno). “Otra palabra que se decía era affaire (francés), affair (inglés) o en castellano afer, de esta manera uno podía presentar a su relación amorosa, pareja, compañera o amante”.

Para Ely, quien se identifica como feminista zurda, había mujeres que se acercaban al sótano buscando no sólo un espacio para pensarse como mujeres, sino también buscando ese espacio de encuentro de mujeres que gustaban de mujeres, como una oportunidad para “identificarse con el otro, en su totalidad, políticamente, culturalmente, sexualmente, en toda su sensibilidad”. Destaca que en el sótano primaban las mujeres lesbianas, ideológicamente pluralistas, sin una hegemonía partidaria. Aquí rescata el término “revolucionarias”.

“hacer la revolución. Uno se pensaba y se construía en esos lugares. No se estaba pensando desde la singularidad sexual de cada uno, sino se estaba pensando más en un campo de que cada vez seamos más, que cada vez podamos entender un poco más sobre determinadas luchas, por qué estamos luchando o qué queremos del sistema”.

Señala que dentro del PTS no estaba prohibido tener vínculos afectivos con sus compañeros y que

“tampoco había pruritos con respecto a tu lesbianismo o hacia tu heterosexualidad, o a tu libertad de no querer tener sexo”. En este sentido, la homosexualidad estaba implícita y se abordaba desde “la mirada del feminismo, no del tema lésbico”. Aunque pone de relieve la asociación histórica entre feminismo y lesbianismo, en la que la identidad sexual aparece subsumida en la identidad de género, al mismo tiempo se la usa como modo de estigmatización e injuria de las feministas:

“Lo que pasa que feminismo, por entonces, también era que vos decías, soy feminista, ah, sos lesbiana. Ya te condicionaba la palabra. Feminista, ah, entonces sos lesbiana. No, no soy lesbiana. Pero cómo, si el feminismo, bueno, no todas, porque de hecho no todas las feministas son, somos, serán, fueron, lesbianas. Ojo, no había rechazo dentro del partido con respecto al tema, estaba aprobado, de si una compañera estaba con su pareja mujer. Eso estaba muy bueno del partido, porque uno se sentía respaldado y acompañado, como una parte social como si uno tuviese cierta permisividad en un lugar. Yo creo que eso también era válido. No se juzgaba el tema, pero no se tocaba exclusivamente. Hoy hablamos de temas como lesbiana, qué hacen, cómo consiguen, no, era imposible abordar esos temas.

Entonces, yo creo que la palabra lesbiana fue, te diría, un subgénero del feminismo”.

***Entre el sótano y la cama:
conciencia de clase y “bichos de armario”***

Martha logró reunir a muchas lesbianas que andaban sueltas por Buenos Aires, armar actividades culturales y políticas (trotskistas y feministas, entendido “feminismo” como movimiento de liberación de las mujeres trabajadoras). Y en plenos 70, con todos los Falcon dando vueltas permanentemente por San Telmo.

El sótano dejó de funcionar después de que fue allanado por la policía, en un tiempo previo al golpe militar. La artista que lo alquilaba regresó a Nueva York y Martha se refugió en la Isla Maciel, en la casa de Mingocha, una reconocida prostituta del lugar.

Un día llega al sótano [la artista] y se encuentra con los títeres decapitados, todo revuelto, habían levantado todo el piso, buscando armas y le habían puesto en hilerita, sobre la mesa, las cuatro fotos carnet que se había tomado, tac, tac, tac. Ahí se toma el avión para Nueva York y se va con la familia. Y chau Argentina.

Antes de recalar en la Isla, Martha vivió un tiempo en la casa de la madre, con su hermana menor que militaba en Montoneros y tuvo que exiliarse en Brasil con su hijo. Ya en la Isla, Martha se hizo linyera:

Martha vivió ahí, fue pareja de esta chica. Vivió de la basura, escondida como linyera. Ahí se deterioró muchísimo. Un montón de enfermedades que tuvo después tienen que ver con eso... Con los años la operaron de úlcera, tenía el cuerpo tajeado por todos lados. Y después, cuando la cosa se aquietó, supongo que habrá sido en el 78, vuelve al lugar y se vuelve un lugar de mucha actividad. El lugar se conserva. Cómo logra conservarlo ella, no tengo idea...

Cuando se aplaca la represión contra el PST, Martha regresa al sótano y lo pone en funcionamiento. Como el partido *no estaba en la lucha armada, empieza a bajar el nivel de persecución contra ellos.*

Tenían más actividad en las fábricas, no estaban en la pesada de la lucha armada, y pasaron a ser un objetivo secundario. La represión se va a focalizar en los delegados de fábrica ligados a las organizaciones armadas, sobre todo la izquierda peronista o guevarista. Pero igual no había posibilidad de reunirse ni de nada.

No se sabe cómo se mantuvo el lugar, si alguien pagó el alquiler, si el dueño era indiferente porque en ese entonces San Telmo no cotizaba en el mercado inmobiliario, si Martha lo ocupó o conservó la llave, pero le imprimió vida en medio de tanta muerte y terror. Se volvió un lugar dinámico, con reuniones de

mujeres del PST, talleres artísticos y juntadas políticas que Martha y el partido propiciaban.

Había reuniones, gente que se iba a vivir, como una lesbiana del interior. Había una que era de Entre Ríos, bastante conocida en el ghetto que salió con varias; otra piba que dibujaba también, que Martha salió con ella; otra que era como una modelo que también salió con Martha... y por ahí se quedaban a vivir ahí y después se iban. Era a la manera de los beatnik de Nueva York, ella seguía teniendo ese tipo de sociabilidad.

Una tenue descripción del sótano aporta Ely: era un lugar era grande, oscuro, con dos ventiluces que daban sobre Defensa, tenía banquetas, sillas, una mesita para apoyar los papeles de Martha, y el teatrillo de títeres. Como se inundaba, en ciertas ocasiones se juntó dinero para reacondicionarlo.

El sótano ligó sexualidad y política, sociabilidad y conciencia de clase, lesbianismo y trotskismo, no siempre de manera equilibrada, sino más bien con contradicciones, jerarquías e impugnaciones en un clima de clandestinidad y represión estatal.

Para Ely, la actividad del sótano estaba articulada por el espíritu de la “liberación de la mujer”, marcando en este sentido una clara distinción entre “feministas de salón” y “feministas de acción”. Reseña la

experiencia del sótano como un “un laboratorio de mujeres sensibles”, de modo que el lesbianismo queda subordinado al discurso feminista de la época.

En este sentido, la visibilidad lésbica ni siquiera asomaba como demanda política en el sótano, pero sí existía un sutil sentido de filiación alrededor de quienes compartían el mismo deseo que se pronunciaba como indecible, por eso se configuró como un lugar de socialización lésbica, atrayendo a lesbianas de diferentes clases sociales.

Era un grupete muy grande, con gente más piola y otra nada copada, gente más prole y con conciencia de clase y algunas otras lesbianas que se acercaban porque querían encontrar pareja, o tener sexo, con aspiraciones pequebú.²⁵

El sótano era un refugio para un idioma tácito en el que se alfabetizaban sus protagonistas:

“los vínculos afectivos, uno lo daba por sobreentendido, uno no se presentaba mi pareja, mi compañera, por ahí sí, por ahí no. Me preguntabas si uno afectivamente hacia exhibiciones de abrazos y besos, sí, también, pero era tibio, entonces vos más o menos te dabas cuenta por dónde iba, quién era y quién no. Porque vuelvo

25. Pequeño burguesas.

a replantear esto. Yo creo que en esos momentos el campo cultural y lo importante para nosotras era construirnos como mujeres que queríamos romper desde el feminismo esta cuestión de lo patriarcal, o el que no estaba muy al tanto del tema, bueno, a partir de allí enterase más de algunos temas que estaban totalmente ocultos” (Ely, 2014).

Las actividades del sótano se difundían de boca en boca, y se realizaban en diferentes horarios, en general por la tarde. No eran todos los fines de semana por una cuestión de seguridad. Se hacían a puertas cerradas, en la que una participante oficiaba de campana, ya sea quedándose en el umbral o recorriendo la cuadra fumando un cigarrillo. Para Ely acontecía allí una pedagogía feminista inédita por los temas que se discutían sobre la emancipación de la mujer y por la modalidad para llevar adelante la actividad, comparable a un centro de formación cultural y política, ambientado por el humo concentrado del cigarro, ya que fumar era casi un ritual colectivo. La mayoría de las participantes eran mujeres que tenían entre 35 y 40 años, siendo Ely una de las más jóvenes. Las estrategias de camuflaje empleadas en caso de que alguien preguntara o sospechara algo, eran: que allí se tiraban las cartas, se hacía astrología, o se daban clases de teatro. También, mantener el lugar con cierto desdén era una táctica de cuidado.

“en el sótano, por este problema de que se inundaba o también para tener cuidado porque por el ventiluz podían estar escuchando, Martha dividió con unos biombos, y tapó las ventanas. Y bueno, siempre tenía problemas de humedad y ella prefirió en un momento que eso fuese así, porque si alguien iba, eso no estaba funcionando. O sea, ese era un lugar descarte, que estaba ahí, también como una estrategia, que en su momento ella también pensó y dijo bueno, lo dejamos así. Había una parte, que era la que no estaba cerca de los ventiluces, más bajando la escalera. Porque estaba la planta baja, vos entrabas, la puerta, a un costado a la derecha, la escalera que te llevaba al sótano, y después la parte del primer piso La planta baja la dividieron e hicieron como un dúplex de madera, entonces dormían arriba, y la planta baja era el lugar de trabajo de Martha” (Ely, 2014).

Las actividades culturales que se desarrollaban eran múltiples: obras de títeres, proyección de películas, diapositivas y fotos, danzas, teatro, música. Y siempre incluía el debate y la discusión posterior. Entre las películas que Ely recuerda que vio en el sótano -o en sus extensiones- estaban: una sobre Norma Rae (una obrera sindicalista textil de los EE.UU), El Acorazado Potemkim (fue en un bar teatro que estaba a la vuelta), o la Vida de Frida Khalo (en el cine

Lorraine). Debido a los problemas de infraestructura del sótano, éste extendía sus actividades a otros espacios cercanos.

“En el sótano había unas 15 mujeres, pero después una noche, fuera del sótano, porque no sé qué había pasado, se hizo todo un encuentro sobre Defensa, en un bar que tenía un patio, que hoy creo ya no debe estar. Y en esa reunión éramos 50 personas y más también. Fue como un encuentro anual de mujeres, fue con aquellas que estaban muy comprometidas, con aquellas que estábamos yendo y viniendo, como fue mi caso” (Ely, 2014).

En las obras de títeres que Martha montaba se solía escenificar el conflicto social entre la ley y su transgresión a través de las figuras del policía y el ladrón, a la vez que se delineaba una punzante y perspicaz crítica a las instituciones, en especial a la familia, mediante el uso de la ironía. El personaje del ladrón simbolizaba la “diferencia”, aquello que se desvía de la normalidad y de la moralidad. Así lo repasa Ely:

“en los títeres aparecía esta cuestión del policía y el ladrón, de la cuestión del robo, del chorro. Había ahí una narrativa que recuerdo porque me encantó. Martha dice, mirá Ely: “este títeres es el comisario: yo soy la ley”. Entonces “yo soy la ley” tenía un peso que ella lo connotaba desde

un lugar de poder, desde esta cuestión de: “ojo!, yo soy la ley”, que hay que temer, además en una época en que vos veías un cana, un policía y uff... mejor doblá en la esquina, no como ahora, ah, sí, veo un cana y por suerte hay un policía en la esquina de mi casa, ¿no? Cómo esta cuestión del tiempo va trasladando las figuras y relativizando por ahí ciertos símbolos, que en su momento eran peligrosos, transgresores, y hoy parecieran un souvenir” (Ely, 2014).

Entre las actividades principales que Adriana rescata de los relatos de Martha aparecen los partidos de truco.

La actividad más concurrida eran los campeonatos de truco. Ahí se juntaban todas. Eran muy divertidas esas partidas. Una vez Martha invitó a nuestra casa (un departamento en un conventillo de La Boca, a media cuadra de la cancha) a algunas de esas chicas, para recordar las viejas partidas de truco. Una de estas mujeres (una psicóloga) pateaba el piso cada vez que ganaba una ronda, con tanta vehemencia que le tiró encima el cielorraso a la vieja de abajo (una turra, cuñada de la dueña del conventillo)... Perdí contacto con esas mujeres, porque son bichos de armario en estado puro. Y nos detestaban (con desprecio y aires de superioridad) a las que salimos al frente por aquellos años.

También los recitales de Celeste Carballo fueron motivo de una entusiasta recapitulación tanto por parte de Adriana como de Ely.

Ahí empezó a tocar Celeste Carballo, por lo menos eso es lo que cuenta Martha, tendrías que preguntarle a Celeste, que fue pareja de Martha. Celeste también vivió ahí... Empieza sus actividades y toca para el partido.

La actividad en el sótano, mejor conocido como “el lugar ese de San Telmo que tenía Martha Ferro”, dura hasta los años '80.

Sobre la relación entre la militancia trotskista de Martha y el incipiente movimiento de lesbianas y gays, aparecen tensiones y disputas que se resolvían siempre a favor de la clase como lucha principal para esta militante proletaria. Adriana refiere un episodio en Nueva York, donde esto se pone de manifiesto:

La pelea con estos pibes, entre los que se encontraba Néstor Latrónico,²⁶ fue porque en esa época había muchos exiliados de Cuba, porque no soportaban la asfixia por ser gay y dentro de

26. Néstor Latrónico era uno de los de los cuatro amigos que viajaron a NY con Martha. Fue militante de los grupos gays pos-Stonewall, específicamente en el Gay Liberation Front y, luego, cuando regresó a Buenos Aires, integró el FLH.

esa gente había mucha gente anticomunista. No sólo denunciaban la represión contra los gays sino que estaban en contra del sistema comunista. Entonces hicieron una publicación con textos de gente gay que ya venía participando de las marchas pos-Stonewall, entre los que había un poema de Martha... y ella no quería saber nada porque no quería mezclarse con anticomunistas, porque siempre antepuso la cuestión de clase. Además no sé cómo habrá sido la situación de las lesbianas en Cuba, está bien marcado lo que pasó con los gays pero con las lesbianas no sé si hay tantas precisiones. Porque una se va construyendo como un espejo con los muchachos y no siempre es así.

Como ya anticipamos, dentro del PST la liberación homosexual *estaba implícita*, pero no era parte del programa, *no estaba tematizada*, aunque sí ocupaban un espacio discursivo las demandas del movimiento de liberación de las mujeres con diferentes niveles de organicidad y politicidad. Por eso, Martha encuentra un espacio para activar como feminista: *una feminista clasista, de izquierda, no una feminista liberal... del movimiento de liberación de las mujeres trabajadoras*. De esta manera, el sótano no puede ser pensado como *un espacio de los que hoy denominaríamos LGB-Tetc*. *Fue un espacio claramente feminista y clasista, donde las lesbianas podían sentirse cómodas.*

Sobre la presencia y participación de varones en el sótano, Ely estima que alguna vez concurrieron dos o tres a las actividades.

“eran compañeros que reivindicaban la lucha de la mujer y de los propios derechos. Eran compañeros. No eran el típico macho, no tenían esa clausura de hombre, mujer, yo mando, yo macho. Y eso estaba muy bueno. Incluso yo he visto compañeras lesbianas que han tenido después relaciones con compañeros del partido, por ahí eran bisexuales por ponerle una clasificación” (Ely, 2014).

Adriana describe los motivos de los conflictos que Martha tenía con los varones gays en Nueva York:

Los varones gays militantes de NY leían la actitud de Martha como “está en el closet”. Pero nada que ver. Ella los rechazaba por centrar todas las reivindicaciones en la lucha contra la represión sexual y no ver ni de lejos la lucha de clases. Por eso no aceptaba sus invitaciones a participar ni etiquetarse como lesbiana (porque la categoría lesbiana en ese contexto neoyorquino implicaba ponerse en el lugar de los opresores en la lucha de clases anticapitalista/ allá todo estaba dividido en casilleros raciales, algo que persiste porque es como el yuyo gringo, lo que queda como permanencia de la conquista). Y con las gringas lesbia-

nas organizadas (o proto-organizadas) sentía la barrera de la clase y el idioma.

No obstante, Martha también encontraba sus inconvenientes y pronunciaba sus quejas para con las lesbianas de clase media y alta. En este sentido, Adriana establece una particular relación entre secreto y goce:

Ella tenía muy en menos a las lesbianas que tenían aspiraciones pequebú. Estaban muy centradas en su genitalidad, en su sociabilidad, y creo que parte del placer sexual de estas pibas se obtenía de la situación de ocultamiento. Cuando aparecimos nosotras (en la segunda mitad de los '80) y dijimos todo el mundo afuera, cómo ustedes no quieren salir si son cucarachas que nos hacen el mundo peor a todas. Las tipas ni ahí, si te podían hacer la vida imposible... Parte del goce sexual pasaba por ahí, el ocultamiento, la doble vida, en las relaciones de pareja. Martha nos apoyó cuando decidimos reventar los zócalos. Pero siempre nos acompañó hasta ahí. Por un lado evitó invadir mis espacios y por otro, marcaba las diferencias generacionales y de experiencias en este punto.

Por último, Martha fue la directora y editora de la revista *Todas*,²⁷ una publicación del partido que logró

27. Adriana me acercó tres números fotocopiados de la revista.

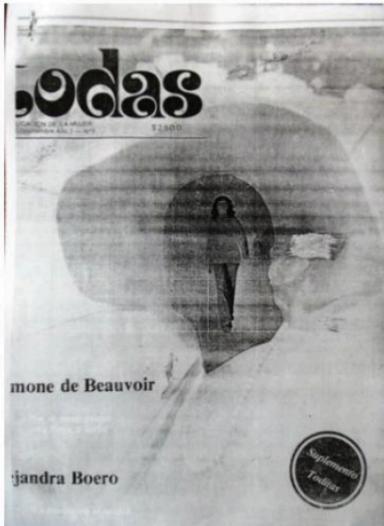
reunir a feministas de toda índole, *feministas de derecha, periféricas, de salón*, y que divulgó notas audaces e incisivas para la época.

Ely hace memoria de cómo comienza a gestarse la Revista:

“De hecho esto lo recuerdo muy bien porque una vez, nos encontramos en el sótano pero nos vamos acá, a Defensa 613. Me acuerdo no sé por qué ese número, porque realmente soy de tener buena memoria, pero en esa época desistí totalmente, vuelvo a decirte, por una cuestión de seguridad, porque desde el partido te decían tratá de no registrar nada... Una vez pasó que Martha dijo, no, el sótano está imposible, mucha humedad, no podemos bajar, realmente no sé si es que se rompió un caño o hubo una lluvia y se desbordó porque se inundaba San Telmo, en muchos lugares, como se sigue inundando hoy día. Entonces dijo: yo tengo acá un lugar que tenemos que pagar, ya hablé con la dueña porque es una casa, era un primer piso, subiendo por una escalera de mármol blanco me acuerdo, muy interesante el lugar. Y ahí, era un salón donde justamente se hacían encuentros para hacer danza, teatro, para ensayos de músicos, y fui a ese lugar. Dos o tres reuniones, que es justamente donde empezamos a pensar y diseñar la revista Todas. Ahí nos repartimos

un poco la tarea, y Martha, con la compañera de ese momento que era ilustradora, y yo que estaba estudiando diseño gráfico. Yo sabía diagramar, la otra persona no, entonces entre las dos hicimos el boceto. Eso me entusiasma mucho porque en ese momento, cuando uno estaba haciendo eso, lo que menos que podía pensar que en un futuro podía llegar a hoy, que le estuviera dando esta significación a ese momento y a esa revista, que era paradigmático, más viniendo de un lugar de mujeres. Después, recibí el número cuando estaba hecho, hice unos cálculos tipográficos, tiré una idea de cómo podía ser, hicimos el mono, como se decía, la gráfica en ese momento tenía su preponderancia en cuanto cómo armarlo porque yo siempre digo, soy diseñadora de tablero pero no hoy de soportes digitales. En ese momento era así, era todo un trabajo de cálculos tipográficos, diseños, totalmente diferente. Y bueno, fui parte de ese proyecto” (Ely, 2014).

Finalmente, en los años '80, Ely termina abriéndose del sótano, producto del temor ante la información y denuncias que ya circulaban públicamente sobre las desapariciones y torturas, y también porque el partido le asignó la tarea de intervenir en el gremio de la publicidad, sector en el que había empezado a trabajar.



Todas. Año 1 N°1 - 1979
 Todas. Año 1 N° 2 - 1979
 Todas. Año 2 N° 3 - 1980

La voluntad de olvidar, la voluntad de contar

Bajo el nivel de la calle, estaba el sótano de San Telmo; bajo el nivel del terrorismo de Estado existía un ánimo y un arrojo de lucha, fiesta, presencia y cuerpo; bajo el nivel de la memoria heteronormativa, habitó esta experiencia proletaria que supo alojar y agitar un deseo que en ese entonces pocas bocas se atrevían a nombrar -no así a probar- como el deseo lésbico. Esta historia es apenas un hilacha suelta que (re)construye aquella intensidad de la vida entre la violencia de estado, la lucha trotskista, la liberación de las mujeres y la (in)decibilidad lésbica.

La experiencia del sótano mantiene una fuerza batallante en discordia con las lecturas heterosexuales de la historia, y la rareza de ese destiempo oficia de oportunidad para convertirse en una operación crítica de extrañamiento. En su trabajo “Revisión teórica de la biografía de Ilse Fuskova”, la historiadora Canela Gavrila, con su magia tilinga y tortillera,²⁸ articula sabiamente cómo la voluntad de saber para controlar y vigilar al sujeto también es, al mismo

28. Dicho por ella misma. Ver su exposición en la II Celebración de las amantes. Jornadas de orgullo y disidencia lesbiana (Rosario, 2014),

<https://docs.google.com/file/d/0BwhIfQse-ZpXM044U-3hHWDRPeXc/edit>

tiempo, voluntad de olvidar, a partir de la cual se van configurando los silencios históricos. Al retomar a Michael Pollak en su libro “Memoria, olvido y silencio” (2006),²⁹ Gavrila propone problematizar cómo ciertos hechos sociales se cosifican y por quién son consolidados y dotados de perdurabilidad. Así, la función de lo no dicho muestra las dificultades de integrar ciertos relatos a la memoria colectiva. Éstos se guardan durante décadas a través de la cultura oral, son transmitidos en el marco familiar, en asociaciones y en redes de sociabilidad afectivo/políticas que provocan la invisibilidad social.

El sótano, que funcionó en la encrucijada entre la clandestinidad y la heteronormatividad, pertenece a esas “otras memorias” que continúan “su trabajo de subversión en el silencio y de manera casi imperceptible afloran en momentos de crisis a través de sobresaltos bruscos y exacerbados” (Pollak, 2006). Tal como enfatizaba la socióloga y activista queer Gracia Trujillo, para componer las historias del activismo lésbico, no hay archivos adonde ir, no hay fuentes, están dispersas, hay que crearlas.³⁰ Esta tarea supone

29. Pollak, Michel. En *Memoria, olvido y silencio*. Ediciones Al margen. 2006. La Plata.

30. “Deseo y resistencia. Treinta años de movilización lesbiana en el Estado español (1977-2007)”. Gracia Trujillo Barbadillo. Editorial Egales. 2008, pág. 33. La presentación del libro de Gracia

encontrarse con silencios, prejuicios e invisibilidad. Es con fragmentos, restos, hilachas, huecos, que se fue armando esta experiencia del pasado del sótano, que esperaba ser iluminada con el infatigable haz de palabras que se contorsionan en la lucha contra la desmemoria, el olvido, el silencio y el miedo.

¿Cómo recordar el pasado, sus quiebres y destrozos: qué trabajo realizar con el recuerdo para que no desaparezca el temblor de expresión que rodea la experiencia sobresaltada del golpe y su trauma pero para que, al mismo tiempo, el hacer memoria vaya entretejiendo ese pasado de duelos con nuevas fuerzas de sentido animadas por lecturas críticas generadoras de futuro? (Richard, 2001).³¹

El trabajo constructivo de la memoria lésbica se va realizando con la selección y montaje de historias de muchas vidas encapsuladas en el armario, la invisibilidad y una urdimbre discursiva con capas casi impenetrables. El sótano es una experiencia de resistencia

en Buenos Aires, en mayo del 2011, y los diálogos compartidos con ella, fueron un estímulo gravitacional muy importante para la posterior creación del Archivo digitalizado del Activismo Lésbico, Potencia Tortillera.

31. Nelly Richard (2001). *Pensar en/la postdictadura*. Nelly Richard y Alberto Moreira (ed). Ed. Cuarto Propio, Santiago de Chile.

compuesta por sustratos que, aunque dominada por los códigos marxistas, va desplazando las huellas de un deseo hacia nuevas superficies de inscripción para que reformulen su valor desde los emplazamientos del presente. Así, el pasado deja de ser mera revelación de lo sucedido y pasa a constituirse como entendimiento crítico y forma de intervención en las entrañas del tiempo social y subjetivo.³²

Los discursos identitarios emergen tanto de lo que las organizaciones dicen como de lo que hacen, es decir, de su praxis política; esta última es una fuente constante de producción de significado para los participantes en los colectivos (Trujillo, 2011: 24).

Por lo tanto, los derroteros siempre aspirados a la vez que inesperados del hacer memorias(s), constituyen también una alegoría sobre el sujeto colectivo del movimiento, es decir, sobre el quiénes componen

32. Esta historia reverbera y tiene resonancias en mi propia historia. En enero de 1976 cumplía yo 3 años y vivía a 9 cuadras del sótano, en la casa de mi abuela materna, ubicada en la calle Garay, entre Defensa y Bolívar del barrio de San Telmo. Unos meses después estaría mudándome a Neuquén con mis xadres, quienes buscaban otros horizontes laborales y culturales. Quién sabe si alguna vez, caminando de la mano con mi abuela o con mi madre por las calles del barrio, me habré cruzado con alguna de las protagonistas de esta sustanciosa experiencia.

ese “nosotras” y cómo nombrarlo. Quienes hacemos el Archivo Lésbico suscribimos³³ un nosotras amplio, heterogéneo, complejo, múltiple, de una fisonomía siempre problemática, y apostamos a que las memorias se multipliquen antes de que se unifiquen, que broten y no se calcinen, que humeen antes que se hagan cenizas.

33. “Suscribir es el verbo más importante de la revista Todas, publicación de las mujeres”. Año 2, n°3, 1980.

Índice

“Que las memorias se multipliquen”, prólogo de Gracia Trujillo	11
El sótano de San Telmo. Una barricada proletaria para el deseo lésbico en los ‘70	19
Clandestinidad política: sospechas, ardidés y pasiones	26
Martha Ferro: una agitadora de sangre, deseo y clase	31
De Nueva York al PST: un sótano para la política del deseo	40
Toda licencia en arte”: política y sexualidad	48
Entre el sótano y la cama: conciencia de clase y “bichos de armario”	56
La voluntad de olvidar, la voluntad de contar	71